

PREGÓN DE NAVIDAD

Se me ha hecho el gran honor de invitarme a pronunciar el pregón de Navidad en esta villa de Begonte, tierra siempre añorada, pero si cabe más aún en la Navidad lo que lleva a escribir al poeta: “Romeiro de chaira e monte, canso de peregrinar, ó chegares a Begonte, a esperanza has atopar. ¡Barrelo de Xesús Neno, Begonte da Terra Chá! ¡Ai quen fora Begontino agora por Navidá!”¹.

El pregón es “un discurso elogioso en el que se anuncia al pueblo una festividad y se le invita a participar en ella”. Debo en consecuencia hacer un anuncio ponderativo e invitar a la participación en la solemnidad de las fiestas navideñas. Ajenos estos días a las prisas inútiles y dejándonos sorprender por el silencio contemplativo, vivamos estas horas de misterio y de certezas, siempre generadoras de esperanza. Ojalá que acertara esta noche a recordaros lo que ya sabéis para que fueras más felices en esta nuestra tierra, convocados en torno al Belén de Begonte, “aquí donde Galicia es una ofrenda de lluvia, de ternura, de esperanza; donde la Terra Chá se hace regazo para albergarte a Ti, Cristo del ansia”².

Tres sentimientos convergieron en mí al aceptar la invitación a pregonar la Navidad. El sentimiento del gozo por la posibilidad de anunciar algo tan entrañable. El de fidelidad porque era hacerme eco del primer pregón que se hizo en aquella noche a los pastores que velaban sus rebaños y miraban al cielo esperando que llegara la alborada, cuando en un instante el cielo entero se hizo resplandor, siendo la luz que venía a los suyos pero los suyos no la recibieron, prefiriendo las tinieblas del mesón a la luz del portal. Los ángeles anuncian: **“Os traigo la Buena Noticia, una gran alegría para todo el pueblo: hoy, en la ciudad de David, os ha nacido un Salvador: el Mesías, el Señor, Aleluya. Y aquí tenéis la señal: encontraréis un niño envuelto en pañales y acostado en un pesebre”**(Lc 2,10-12). El tercer sentimiento es el de preocupación porque no encuentro fácil

¹ FIZ VERGARA VILARIÑO, *Cantigas ó Nadal en dous tempos*, 1977.

² JACOBO MELENDEZ, *Tres poemas de Navidad. Salutación en Begonte*, 1989.

la tarea de recoger los distintos sonidos religiosos que componen esta sinfonía armoniosa de la religiosidad con que se vive y expresa la Navidad.

En esta clave anunciamos esta solemnidad para vivir más profundamente la realidad de un Dios hecho hombre que revela al hombre el propio hombre y le descubre la grandeza y dignidad de su vocación. Ahí la piedad impregna los sentidos, puertas del alma a fin de cuentas: ojos para ver, oídos para captar las notas que acompañan el canto de la liturgia y de la piedad popular. Es la Navidad “que provoca sentimientos universales de ternura en torno al Niño que nace y sitúa la fiesta en el contexto de la familia y de la infancia a la que se hace protagonista en estos días”.

Viene repitiéndose que San Francisco de Asís inventó el primer nacimiento, en su afán de hacer sentir a los hombres la cercanía amorosa de Dios hecho niño... Por los oídos entraba en la noche santa de la Navidad la proclamación de la liturgia de la Iglesia: "Aparuit benignitas Salvatoris nostri", "apareció la benignidad de nuestro Salvador". “Eran necesarios nada menos que los trabajos tremendos y anónimos del hombre primitivo, y la larga hermosura egipcia, y la espera inquieta de Israel, y el perfume lentamente destilado de las místicas orientales, y la sabiduría cien veces refinada de los griegos para que sobre el árbol de Jesé y de la Humanidad pudiese brotar la flor. Todas estas preparaciones eran cósmicamente, biológicamente necesarias para que Cristo hiciera su entrada en la escena humana”. El hombre peregrino que buscaba “la liberación en la sinceridad de grandes oscuridades”³, encuentra la luz en medio de la noche. “El hombre, lo quiera o no, se ve precisado a hacer frente cada día a acontecimientos serios, a veces difíciles e incluso dramáticos. Y si se coloca en la esfera de lo trascendente debe hacerlo con más densidad aún. Escapar de las cosas, ser irresponsable, no le da resultado. Por eso le llena de júbilo hacerse pequeño con seriedad, cantar y tratar a Dios con ternura, alegrarse porque El se vuelve tierno y cercano. Parece entonces que las cosas empiezan a tener solución sin amargura, sólo con humildad y amor. Porque ese fue el camino que recurrió Jesús para

³ *Porque esta noche el Amor. Poesía Navideña del siglo XX. Introducción y selección de poemas por Miguel de Santiago y Juan Pablo Laso, Madrid 1997, 46.*

salvarle... La Navidad sigue estando ahí, como un guiño hacia lo trascendente. Siempre ha sido la Navidad un espejo en el que se mira y se ve al hombre”⁴.

Pero ¿lograba llegar de lleno al corazón de los humildes? La vigorosa literatura "navideña" de los Santos Padres encontró cabida en el Oficio divino e inspiró los himnos litúrgicos en latín que conservan su encanto. ¿Quiénes podían entenderlos en el siglo de Francisco? ¿Quiénes llegaban a poseer un libro, tan lejana aún la invención de la imprenta? ¿Cuántos sabían leer? Se necesitaba una solución de compromiso y Francisco de Asís bien sabido es que aportó novedades audaces, sin provocar confrontaciones ni estridencias, sino hallando cobijo en los corazones con la fuerza pacífica de la humildad...

¿Qué hizo Francisco para que el pueblo lograra la experiencia gozosa de la Navidad? ¿Protestar contra la liturgia navideña de las catedrales y grandes monasterios, un tanto ajena al pueblo? Nada de eso, en absoluto... Tenía abierto el campo de la libre creatividad, e inventó la maravilla del primer nacimiento, perfectamente concorde con su paisaje nativo de la Umbría, provocando un suave destello de humanismo: Jesús cercano, tangible, renovando los corazones con ternura; María mostrándonoslo como fruto bendito de su vientre; y San José, silencioso, con la elocuencia visible de su entrega, como palmera bendita puesta por Dios, como dice Lope de Vega, no para dar fruto sino para dar sombra: la sombra protectora de Jesús y María.

El nacimiento de Cristo es más que un hecho histórico: es un misterio de salvación. Cristo resucitado ha roto la barrera del espacio y del tiempo: es contemporáneo nuestro y por eso desde la fe podemos sentirnos tan cercanos a Él, recién nacido, como lo estuvieron en Belén los pastores que acudieron a adorarlo y oyeron cantar a los ángeles el **“Gloria a Dios en el cielo y paz a los hombres que ama el Señor”**... Las representaciones de la Navidad obtuvieron a lo largo de los siglos amplificaciones detallistas, incorporando nuevas figuras, desglosando escenas... Fueron y siguen siendo una invitación a la marcha apresurada de los corazones para sentir la presencia del Salvador hecho niño.

⁴ *Ibid.*, 26-27.

¡Dichoso el que se deja atraer! San Agustín significó admirablemente el atractivo de Jesús niño: "Si tú quieres atraer a un corderito, le acercas unos brotes de hierba verde; si quiere atraer a un niño, le ofreces una golosina..." El Padre celestial, para atraer a los hombres extraviados, les ofreció a su propio hijo, hecho niño, lleno de dulzura y encanto... Y nos lo ofrece incesantemente... Todo se conjura para que el atractivo del Dios Niño lo sintamos más fuertemente cuando llega la Navidad... Y es como si toda la Cristiandad se pusiese en romería hacia Belén.

El dejarse atraer, provoca una experiencia comprometedora. Los atraídos pasan a la acción invitando a otros: **“gustad y ved cuán suave es el Señor”**... San Juan Evangelista, el discípulo amado, que gozó de la especial cercanía y predilección del Maestro, muestra con toda claridad su designio de atraer con la experiencia de haberse visto atraído: "Lo que hemos visto, lo que hemos oído, lo que hemos palpado con nuestras propias manos, eso es lo que os comunicamos a vosotros para que entréis en comunión con nosotros". Quiero pensar que los organizadores de este acto están cooperando a la sublime empresa de hacer sentir a los demás el atractivo de Jesucristo. Y lo harán con gran eficacia si ellos mismos tienen la experiencia cumplida de haberse rejuvenecido muchas veces interiormente con la alegre experiencia de la Navidad.

Estamos, pues, en trance de experimentar desde la fe el atractivo de Cristo que viene. ¿Qué cabe hacer por nuestra parte? Vuelvo de nuevo a san Agustín que aborda nuestro mismo problema en un delicioso diálogo entre amigos... Ante la mirada atenta de Mónica, su madre, ofrecen sus puntos de vista el mismo Agustín, su amigo Alipio y otros más... Al fin, opina el niño Adeotato, aquel hijo que Agustín había tenido antes de su conversión... y es precisamente este niño el que acierta: dice que para experimentar la cercanía de Dios lo mejor es un corazón sencillo y humilde... y Mónica, naturalmente, confirma la verdad de lo que el niño acaba de proclamar. Diríase que en estos días hay muchas cosas que están propiciando la recuperación o la vuelta a la sencillez del corazón: nos deseamos paz y felicidad, reanudamos contactos, redimimos olvidos, prestamos más prolongada atención a los niños (y esto supone siempre un

enriquecimiento interior); quizás llegamos a reírnos de las falsas apariencias que frecuentemente nos agitan... El corazón se nos vacía de oropeles y artificios y nos encontramos más humildes y sencillos; quizás lo suficientemente sencillos para contemplar con delicia un nacimiento, para cantar a coro un villancico, para dejar que se nos adentre en el alma un misterioso perfume que, en definitiva, no es otro que el suave olor de Cristo.

Yo os invito, pues, a una maravillosa experiencia sensorial, capaz de refrigerar la sangre turbia de los corazones. No es nada nueva esta invitación que formulo –San Ignacio de Loyola, en su meditación del nacimiento de Cristo, nos introduce en el portal de Belén y, con enorme sentido psicológico, nos persuade a lo que él llama aplicación de sentidos: ver, oír, oler... Todo ello puede ser como un preludio de insospechadas consecuencias. Requiere por nuestra parte un *minimum* de silencio. En la civilización del ruido que nos agita, muchos empiezan a señalar, como un verdadero lujo, la civilización del silencio, en que el color y el sonido se hacen perceptibles en su pureza, devolviéndonos el placer de las sensaciones limpias, incontaminadas. El ruido exterior es un obstáculo que hasta puede perturbar interiormente; pero existe desde siempre otro ruido que estremece por dentro, hecho de voces pasionales, contradictorias... Y resulta que cuando llega la Navidad parece como si cesara en gran parte ese vocerío interior que nos aturde; y nos hallamos dispuestos a sensaciones bellas, es decir, a aplicar nuestros sentidos al misterio de la Navidad. Un periodista católico visitó hace años la yesiva de Meaux (una yesiva es un centro de formación para maestros de la religión judía) y se vio sorprendido por una gran inscripción a la entrada: “Al hombre moderno le es relativamente fácil disponer sus artefactos y lanzarlos a la conquista del espacio, pero le resulta mucho más difícil fondear en su propio corazón y vaciarlo de odios, envidias, celos, rencores, para que en el silencio del alma pueda ver y escuchar”.

Abramos los ojos al paisaje de Belén, comenzando por el Belén de hoy que insistentemente ocupa considerables espacios en la pequeña pantalla: guerra y desolación en el lugar elegido para nacer por el Príncipe de la Paz. Y puede venirnos muy bien esta sacudida inicial antes de fijar los ojos en el Belén idealizado

con mil elementos cambiantes... ¡Ver! Interesa, ante todo, ver las personas que componen la escena. Debemos comenzar por el rostro de Cristo. Todo el Belén recibe su luz de este rostro. A la Noche Buena la llama Fr. Luis de Granada “Noche más clara que el medio día”, porque en ella resplandeció el sol de justicia, el Hijo de Dios hecho hombre. Cualquier niño recién nacido nos inspira ternura. Los pastores de Belén claro es que sintieron ternura y lloraron de emoción al ver a Jesús en el “dulce portalico, lleno de mil perlas”; pero lo vieron, sobre todo, con los ojos del alma, reconociéndolo como Dios y Señor: vieron y adoraron. Por eso hacemos muy bien dirigiendo la mirada a la Virgen, a san José y a los pastores, postrados en adoración... Y dichosos nosotros si, fijos los ojos en el rostro de Jesús, nos arrodillamos con el alma. ¡Arrodillarse con el alma! Los ojos quedan limpios cuando el alma se arrodilla.

En esta aplicación de sentidos, también es necesario afinar el oído y redimirlo de pertinaces sorderas. Los ángeles hicieron de la Noche Buena una noche musical, cantando la gloria de Dios con un mensaje de paz para los hombres. Es el canto universalmente sabido... Pero, ¡cuidado! Oímos a veces cosas hermosas sin que apenas se nos desvele su sentido. San Agustín nos desvela el secreto del saber escuchar cuando dice: “Oí como quien escucha con el corazón”. Y añade: “ya no fue posible dudar”. Nuestra aplicación del oído será más perfecta si, además de la música angélica, percibimos palabras humanas... María, nos dice san Lucas, conservaba todas estas cosas en su corazón. Ella puede transmitir las, desea transmitir las a todos en esta Navidad. ¡No hay transmisor comparable al corazón de María!

Nuestros belenes suelen ofrecer fragancias campestres, olores puros de la naturaleza... Hay otro olor mucho más sutil, que embelesa y purifica y se nos pega... Es el suave olor de Cristo. Niños que despidan olor de Navidad, familias que huelan a Navidad, comunidades parroquiales, agrupaciones cristianas oliendo a Navidad... Este sería el resultado más hermoso de esta movilización encaminada a hacer sentir el atractivo de Jesús recién nacido.

¿Y qué sucede cuando a la aplicación de los sentidos sigue la contemplación que por unos instantes nos suspende el ánimo?

Una explosión de alegría materializada en luz y sonido, festejos y canciones. El canto navideño de los ángeles ha obtenido a lo largo de los siglos variadísimas ampliaciones, densas de teología unas, palpitantes de ternura otras, o plenas de colorido costumbrista: quiero referirme, sobre todo, a los villancicos de Navidad. Brotaran donde brotaran, todos suenan alegremente donde quiera que se escuchen o se canten. El famoso "*Noche de Paz*" se cantó por primera vez en un humilde pueblecito del Tirol. ¡Hoy es música navideña universal! Villancicos en gallego, en castellano, en catalán, en euskera..., villancicos andaluces, todos tienen el poder de traspasar barreras y de crear clima de paz y fraternidad. Hombres, mujeres y niños de todas las latitudes ofrecen en los villancicos su particular protagonismo como verdaderos contemporáneos de Cristo recién nacido. ¡Quién pudiera fundir todos los cantos de Navidad en una melodía única, vaciada de palabras, para llegar a todos los hombres con la fuerza que la música posee como lenguaje universal! Y que el mundo entero resultara algo así como un belén inmenso, enternecido y apaciguado con esta música que aúna todas las voces de los que de veras creemos en Jesucristo.

Tal vez estéis esperando, para concluir, una serie de proposiciones operativas: consignas de tipo práctico que respondan de lleno a los grandes problemas que se registran en este comienzo agitado del tercer milenio. Sin pretender pasarlas por alto, quiero repetir lo que Einstein dijo cuando estalló la primera bomba atómica: "El problema no es la energía atómica, el problema es el corazón del hombre". Por eso nada hay tan operativo y práctico como la renovación del corazón. ¿Necesitaré insistir en que el Niño de Belén viene precisamente a renovar los corazones?

La Navidad 2001 es un espejo en que puede verse este hombre que ha comenzado el siglo XXI, "sacudido por brusquedades, herido por trazos recios, angustiado por los grandes interrogantes existenciales, derrotado y olvidado en campos de soledad y desamparos"⁵. Este hombre tal vez no se atreva a subir a dialogar con Dios y sin embargo acepta bajar al coloquio y al

⁵ *Ibid.*, 27-28.

desahogo con este Dios-Niño. Begonte es un Belén. La estrella sigue esta noche ahí, colgada de lo más alto del cielo anunciando a los hombres que Dios nace de nuevo a cada instante. También el corazón es un Belén. En el vamos poniendo figuras de gracia o de pasión. No hagamos un Belén sólo de barro, hagámoslo sobre todo de amor a Dios, eliminemos los castillos de la soberbia, los mesones del egoísmo cerrados a cal y canto a quien pide ayuda, abramos el corazón de par en par a todos porque es Navidad.

Si albergamos este deseo, al situarnos ante un nacimiento, estaremos viendo mucho más que musgo y pajas, figuras y luces de colores; y podremos decir con la liturgia bizantina:

"Un misterio estoy viendo,
extraño e incomprensible.
La gruta es el cielo,
y la Virgen el trono de querubines.
El pesebre es el ámbito
en que yace aquel,
a quien el espacio no limita,
Cristo, Dios,
a quien ensalzamos
con nuestro cántico de alabanza."

Pero quizás os resulte más sencilla y entrañable cualquier estrofa de nuestros villancicos navideños. Y yo, puestos los ojos en el rostro de Jesús-Niño, me quedo con la estrofa de un villancico gallego, compuesto por uno de mis predecesores del pasado siglo en la Sede Compostelana, el Arzobispo Lago González:

Neno de cabelos d'ouro,
meu amor e meu tesouro,
rico ben...
tanto como a ti che quero
nin lle quixen nin espero
quererlle nunca a ninguén.
Esas manadas de feno
en que estás deitado, Neno,
frías son...
Deixa que onde a ti me chegue

e te deite e te adormegue
no meu probe corazón."

+ Julián Barrio Barrio
Arzobispo de Santiago de Compostela